

La construcción social de la identidad política española medida a través de un análisis longitudinal de cohortes. 1980-2015.

Dra. María Dolores Gracia Ortiz, Profesora Asociada Universidad de Murcia

Facultad de Trabajo Social, Despacho 1.1 (Campus de Espinardo, Murcia)

617860365(mdgo1@um.es).

Doctora en Sociología por la Universidad de Murcia. Diplomada en Trabajo Social y Licenciada en Sociología con premio extraordinario de licenciatura. Profesora asociada del departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Facultad de Trabajo Social. Sus líneas de investigación se centran los ámbitos de la cultura política española, ciudadanía y participación social y política de la población.

Dr. José Manuel Santos Jaén, Profesor Asociado Universidad de Murcia

Facultad de Economía y Empresa, Despacho B4/07 (Campus de Espinardo, Murcia) 692

62 55 53(jmsj1@um.es).

Premio Nacional y Premio Extraordinario en la Diplomatura de Empresariales por la Universidad de Murcia. Graduado en ADE y en Derecho. Doctor en Ciencias Sociales Jurídicas y de la Empresa. Profesor Asociado del Departamento de Economía Financiera y Contabilidad de esta Universidad. Su labor investigadora se centra en la educación universitaria y en la contabilidad con especial énfasis en el análisis de ESFL y Centros Especiales de Empleo.

RESUMEN

Tras diversos estudios de tipo transversal, y sabiendo de las dificultades de poder establecer diferencias en la cultura política en razón de la edad, las influencias de variables socio-demográficas y aspectos actitudinales de la población española, la ya dilatada trayectoria de la actual democracia en España, nos permite implementar un estudio diferente.

Con una serie histórica de más de 30 años, podemos dejar de lado los estudios transversales, sostenidos fundamentalmente en la variable edad, para establecer un análisis de tipo longitudinal. En estudios de tipo transversal, los análisis se realizan sobre grupos de edad que no pertenecen a la misma cohorte, y por tanto, han experimentado efectos de período que los diferencian. Un estudio de tipo longitudinal, fundamentado en la construcción de una serie de cohortes representativas de la población española, facilita el análisis de la evolución de un mismo colectivo poblacional a lo largo del tiempo. Su carácter longitudinal facilita el análisis de las influencias que las variables socio-demográficas puedan ejercer sobre la construcción de la cultura política española, al tiempo que se pueden evaluar los efectos de periodo, cohorte y ciclo vital sobre las variables de cultura política. Además, se establece un acercamiento al conocimiento que las influencias de variables de tipo actitudinal puedan ejercer sobre aquellas otras de tipo comportamental, ambas referidas a la cultura política de la población española.

El presente artículo parte de una investigación más profunda de los cambios actitudinales y comportamentales observados, a través del análisis de las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) elaboradas desde 1980 a 2015. Para ello se establece un análisis en cuatro etapas.

Un primer acercamiento a las características de la cultura política española a lo largo del tiempo, nos permite analizar la influencia de los efectos de período, ciclo vital y cohorte, para posteriormente, establecer un recorrido por la interacción de variables socio-demográficas en los diferentes elementos de la cultura política y finalmente poder aportar un modelo a través del cual poder medir las influencias de los elementos cognoscitivos de la cultura política en aquellos otros de tipo comportamental. En definitiva, pretendemos una

aproximación al proceso de construcción social de la cultura política de la ciudadanía española a lo largo del proceso democrático español.

1. Introducción

La existencia de longevas democracias en diferentes países, permite a las ciencias sociales establecer estudios más profundos sobre cultura política y trazar recorridos temporales de determinados colectivos a lo largo de cada uno de sus períodos democráticos. Ya no es preciso recurrir a cohortes ficticias para efectuar comparaciones entre las mismas y ello añade un incentivo interesante al estudio de la cultura política. Es el caso de España, con una trayectoria de más de 35 años, encontramos una democracia que ha evolucionado y de la que se pueden establecer esas líneas fundamentales de evolución y los cambios que en ella se han venido produciendo.

No es nuestra pretensión analizar los cambios estructurales o políticos que en la evolución de dicha democracia se han venido produciendo, sino más bien cambios de tipo social. Cambios expresados a través de las modificaciones que encontramos en actitudes y comportamientos de la ciudadanía española. Podremos inicialmente conocer las diferencias que la edad introduce en la cultura política de la ciudadanía, apoyados en la observación de una serie de cohortes representativas de la población española, para posteriormente establecer un análisis longitudinal, a través del seguimiento de cada una de las cohortes trazadas a lo largo del tiempo. Ello posibilita un análisis de la evolución de un mismo colectivo poblacional, un análisis que facilita la observación de los cambios en la identidad política de una población desde una mirada diferente, evolutiva.

Del mismo modo y amparados en su carácter longitudinal, se pueden observar las influencias que otras variables de tipo socio-demográfico (género, nivel de estudios, religiosidad, situación laboral o tamaño de hábitat) puedan ejercer sobre la construcción de la cultura política española a lo largo del tiempo y

sobre las diferentes cohortes de edad. Al mismo tiempo, nos permite evaluar el diferencial peso de los efectos de periodo, cohorte y ciclo vital.

Para ello y teniendo en cuenta la dificultad de establecer un seguimiento de las diferentes variables que configuran la cultura política española, el análisis se centra en el análisis de variables tan relevantes como el interés por la política, la orientación ideológica, el sentimiento de competencia política, la fidelidad de voto y algunas de las formas de participación política. Se reducen las variables de análisis pero se persigue un análisis descriptivo, al tiempo que comparativo y causal.

Para alcanzar tal propósito, se han analizado los estudios elaborados por el CIS correspondientes a cinco momentos diferentes comprendidos entre 1980 y 2015. El volumen de variables a analizar impide trabajar con una sola encuesta por cada momento analizado, dado que ninguna de ellas por separado abordan el total de las variables analizadas. En concreto se trabajó con el estudio 1237 realizado en 1980; los estudios 1788 y 1842 de cultura política y post-electoral respectivamente realizados en 1989; para el año 2000 fue preciso analizar las encuestas pre y post electorales correspondientes a esa fecha (estudios 2382 y 2384), además del barómetro realizado en esa misma fecha (estudio 2387); para el año 2011, los estudios objeto de análisis fueron el 2915 y el 2920, pre y post-electorales realizados antes y después de los comicios que tuvieron lugar ese año y finalmente, se analizó la encuesta realizada para el estudio preelectoral de las Generales de 2015 (estudio 3126) y el estudio 3114, correspondiente al barómetro de octubre de 2015.

Para poder atribuir el carácter longitudinal al estudio se establecieron cuatro cohortes generacionales sobre las que aplicar tal análisis a lo largo del tiempo señalado, nos estamos refiriendo a cuatro colectivos poblacionales susceptibles de ser analizados en el tiempo y con características, a priori diferentes, con las que poder analizar los efectos de período, ciclo vital y cohorte y medir el peso de las mismas con respecto a variables relacionadas con la cultura política española. Tales cohortes se corresponderían con; aquella que ahora forma parte nuestra actual población mayor de 65 años; aquella otra

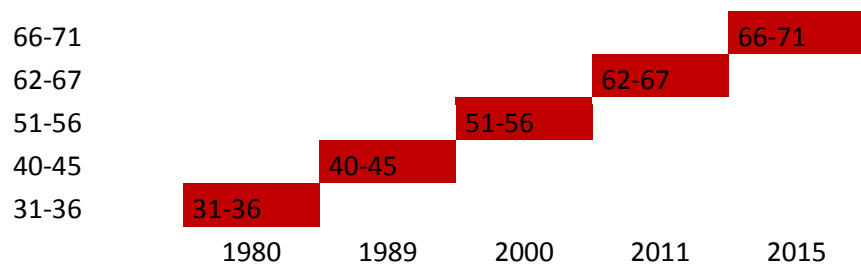
que, adquiriendo su mayoría de edad en los inicios de la democracia española, inicia su andadura ciudadana, coincidiendo con los inicios del proceso democrático español; una tercera cohorte nacida entre los años 1965 y 1970, en la que observar la influencia de la madurez en la evolución de la cultura política y una última cohorte, la más joven que se pudo obtener y que, al tiempo, pudiera participar del recorrido temporal, al menos en parte a la hora de poder comparar con las otras tres cohortes generacionales (ver imagen 1).

Las variables de análisis fueron a su vez diferenciadas en cuanto variables de tipo cognoscitivo o actitudinal y variables de tipo comportamental. De entre las variables de tipo cognoscitivo se analizaron: la orientación ideológica, el interés por la política, el sentimiento de competencia política (el comúnmente denominado como conocimiento sobre la política) y la fidelidad de voto; mientras que de aquellas otras de tipo comportamental se optó por algunas de las modalidades de participación política, concretamente aquellas susceptibles de análisis y seguimiento a lo largo de los diferentes estudios: la participación electoral, la afiliación a partidos políticos y sindicatos y otras formas de participación menos convencionales como la asistencia a manifestaciones o la firma de peticiones.

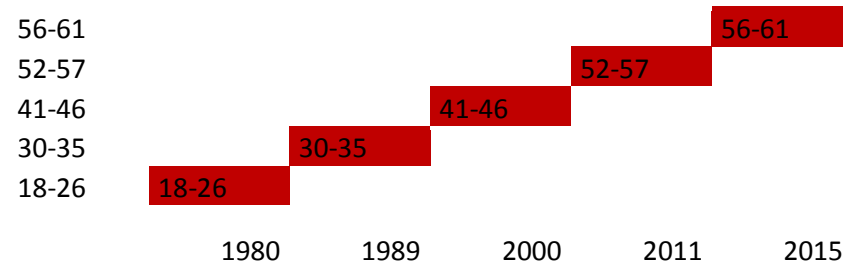
Por último, para profundizar en aspectos comparativos y causales, también se recurrió a las variables socio-demográficas necesarias para poder establecer diferenciaciones en tanto a edad, nivel socio-económico, nivel de estudios, tamaño de hábitat o sexo.

Imagen 1. Construcción de las Cohortes Generacionales de estudio a través del Diagrama de Lexis.

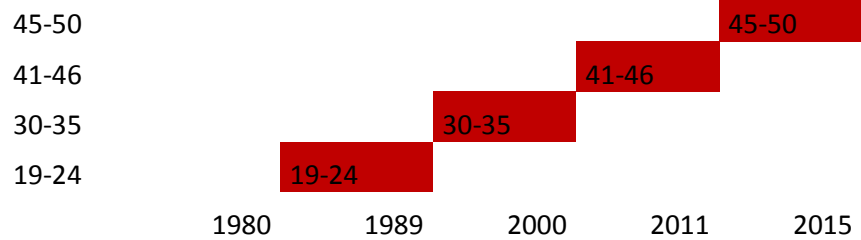
GENERACIÓN MAYORES (1950)



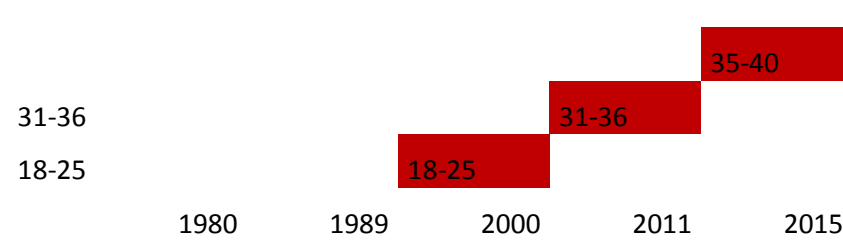
GENERACIÓN 1955



GENERACIÓN 1970



GENERACIÓN 1980



Fuente: Elaboración propia

2. Características sobresalientes de nuestra cultura política y su evolución a lo largo del tiempo

Comenzando el análisis en las **variables de tipo actitudinal**, la primera de las consideraciones a tener en cuenta es que sus varianzas son significativamente menores a lo largo del tiempo, si se comparan con las varianzas que arrojan las de tipo comportamental, destacando entre ellas, por su menor variabilidad, la **orientación ideológica (OI)**.

La OI es la variable actitudinal que menos se deja afectar por el devenir histórico español. La población española se ubica en el centro izquierda del espectro ideológico y tan sólo varía levemente hacia la izquierda en el período comprendido entre 1980 y 1989, coincidiendo con la consolidación a partir de 1982 del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) como partido en el gobierno. Si bien los valores de esta variable oscilan entre el 1, como extrema izquierda y el 10, como extrema derecha, la media de la OI oscila entre el 4,90 y el 4,56. El valor medio para los años 1980 y 2011 es 4,89, ascendiendo muy levemente al 4,90 para el año 2000 en que es el Partido Popular (PP) el que se consolida al frente del gobierno. El valor más izquierdista (4,56) lo observamos en los años 1989 y 2015, momentos en los que, o bien gobierna un partido de izquierdas o bien, como en el caso de las últimas elecciones, surge una mayor diversificación de las opciones de izquierda y alcanzan mayor peso opciones como “Podemos”, que se ubican en la parte más extrema de la izquierda, junto a Izquierda Unida (IU), que hasta el momento ha obtenido un peso relativamente bajo en los procesos electorales españoles.

Por su parte, si fijamos la atención en el **sentimiento de competencia política** expresado por la población en el período comprendido entre 1980 a 2015, podemos observar mayores variaciones. La tendencia es creciente: cada vez son más los que afirman estar en desacuerdo con la expresión “La política es tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que pasa”. Ello implica que, con el paso de los años, la ciudadanía española parece comprender mejor la política. En 1980 tan sólo algo más de un 20% afirma comprender la política; en 1989 el porcentaje ya asciende a un 36,56%, para continuar su ascenso en más de 10 puntos porcentuales para el año 2000; en

2011 uno de cada dos españoles manifiesta comprender lo que ocurre en política. No obstante, dicha tendencia se quiebra en 2015. En el barómetro de octubre de 2015, estudio anterior a las elecciones generales de ese mismo año, el porcentaje es del 46,2%, inferior al de 2011, incluso inferior a la comprensión expresada por la ciudadanía en el año 2000. Habría que profundizar en los motivos que hacen descender el sentimiento de competencia política de los españoles a partir de este momento; no obstante, los cambios que se observan en el nuevo sistema de partidos a partir de las elecciones al Parlamento Europeo de 2014, el respaldo alcanzado por los nuevos partidos en las elecciones locales de 2015, la necesidad de pactos para gobernar, así como la inquietud por dichos cambios, pueden estar en el fondo de la vuelta a la incompreensión de lo que ocurre en política por una parte de la ciudadanía española.

Desde el inicio de la andadura democrática española, dos grandes partidos habían venido monopolizando el protagonismo en las elecciones generales, representando la derecha y el centro izquierda del espectro ideológico. Otros pequeños partidos daban representación al resto de la izquierda, pero nunca alcanzaron una cuota de poder considerable en la representación parlamentaria. Este hecho, da lugar a una clara victoria de uno u otro partido y facilitaba la comprensión en lo concerniente al sistema político español. A partir de las elecciones posteriores a la crisis española¹, se producen una serie de cambios en el funcionamiento del sistema político español. A pesar de la dificultad, por el sistema electoral español, de que los pequeños partidos adquiriesen un mayor peso en la representación parlamentaria española, una serie de partidos de reciente creación adquieren un papel relevante en el juego de poder político y precipita una serie de cambios a partir de ese momento. La cuota de poder se reparte entre un mayor número de partidos políticos, se hacen necesarios los pactos para gobernar, se diversifican las opciones ideológicas que podrían acceder al poder y el juego democrático parece complicarse. De ahí que podamos deducir de los acontecimientos, que los

¹ La crisis española se inicia en torno a los años 2007-2008. Ese hito histórico desencadena en España una serie de cambios en el sistema de partidos y en la forma en que los españoles participan de la vida política de su país.

españoles muestren un menor sentimiento de competencia política a medida que se producen todos esos cambios.

Los cambios observados en el sistema político español parecen producir un descenso en el conocimiento que sobre el mismo expresa la población española; no obstante, parece evidente que no ocurre lo mismo con el interés por la política. Los españoles *“han venido expresando, durante más de treinta años, bajos niveles de **interés por la política** y el hecho de que expresen conocerla mejor, no ha venido de la mano de un mayor interés por la misma. El interés por la política es hoy mayor que lo era en 1980, no obstante, su incremento no ha ido aparejado con el conocimiento que sobre ella se ha manifestado tener. Solo uno de cada cuatro encuestados expresan estar muy o bastante interesados por la política en 1980, aumentando en tan solo siete puntos porcentuales los interesados para el año 2011. Con ello no se puede concluir que los niveles de conocimiento de la población española sean altos, pero los niveles de interés muestran de nuevo la situación de apatía que ha venido caracterizando a la población española”* (García Escribano y Gracia, 2015: 808). En 2015 encontramos una situación significativamente diferente: si bien los españoles manifiestan que comprenden cada vez menos la política, el interés que ésta les despierta aumenta de un 33,0% en 2011 a un 50,8%. Parece tener cierta lógica que la complejidad del sistema político español y su funcionamiento haga descender las cuotas de comprensión política, pero, no podemos deducir lo mismo con respecto al interés. La apatía que diversos autores sostienen que caracteriza a la ciudadanía española (Oñate, 2013; García y Gracia, 2015), parece truncarse en la medida en que dicha ciudadanía responde con una mayor inquietud por conocer lo que ocurre en política, a medida que ésta se cambia y vuelve más compleja².

Para medir la variable que hace referencia a la **fideliad de voto** fue preciso comparar, en cada momento del análisis (1980, 1989, 2000, 2011 y 2015), dos variables simultáneamente. La fidelidad de voto se midió a través de la

² Pablo Oñate (2013) en su obra “La movilización ciudadana en España en los albores del siglo XXI: una contextualización para el debate”, reflexiona sobre una posible *eclosión de la movilización crítica (indignada) en España* considerando que el peso del 15M en el aumento de la participación en manifestaciones y cómo este tipo de acontecimientos parecieron despertar a la sociedad del letargo, apatía o desafección políticas.

comparación del voto en un momento concreto y el realizado en las elecciones anteriores. De esa forma, podemos comparar si el voto continúa orientado al mismo partido, lo que mostraría fidelidad de voto, o por el contrario, cambia hacia otra opción política.

Para la construcción del indicador que nos mostrara la fidelidad de voto, se operó con el recuerdo de voto a un partido en el año que se analiza y los votos que coinciden o permanecen en ese mismo partido en el recuerdo de voto del año anterior. Se trata de lo que podríamos denominar “votos más fieles”. El resultado de dividir esos “votos más fieles” entre el total de votos de las elecciones inmediatamente anteriores, convertido en porcentaje, señala la fidelidad del voto de los electores de cada partido. Una media de las fidelidades de cada partido, proporciona un índice comparable a nivel longitudinal que permite seguir en el tiempo la fidelidad de voto de la ciudadanía española en el periodo analizado.

Tabla 1. Evolución de la cultura política española: variables cognoscitivas.

	1980	1989	2000	2011	2015
Conocimiento	21,8	36,6	47,0	51,2	46,2
Interés	25,8	21,9	29,4	33,0	50,8
OI	4,9	4,6	4,9	4,9	4,59
Fidelidad de voto	82,0	78,6	67,1	78,2	49,2

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

En lo concerniente a la fidelidad de voto podemos concluir fundamentalmente dos aspectos: por un lado, que dicha fidelidad resulta mayor para los partidos políticos que obtienen más votos y, por otro, que ante el nuevo escenario político en el que nos encontramos a partir de las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 esa tendencia parece ir difuminándose.

Hasta 2011, la fidelidad de voto se muestra relativamente elevada, sobre todo, en elecciones de continuidad frente a las de cambio. Los partidos que tradicionalmente han contado con electores más fieles fueron fundamentalmente el PP, seguido de PSOE y muy por debajo IU. No obstante,

a partir de la aparición de nuevos partidos políticos, como “Podemos” o “Ciudadanos” (C's), la fidelidad de voto de los tres anteriores se resiente. La izquierda, representada hasta ese momento por el PSOE e IU, pierden votantes que se decantan, sobre todo, por nuevas opciones de izquierda como “Podemos”. Por su parte, el centro derecha, representado fundamentalmente por el PP, partido con mayor fidelidad de voto hasta ese momento, también acusa dicho cambio a través de la pérdida de votos que, en su mayoría, se intuyen adscritos a las filas de C's. Parece tener mucho que ver con la teoría que Mario Bacalhau sostuviera sobre la influencia del denominado voto “útil” sobre la infidelidad de voto (Bacalhau, 1988).

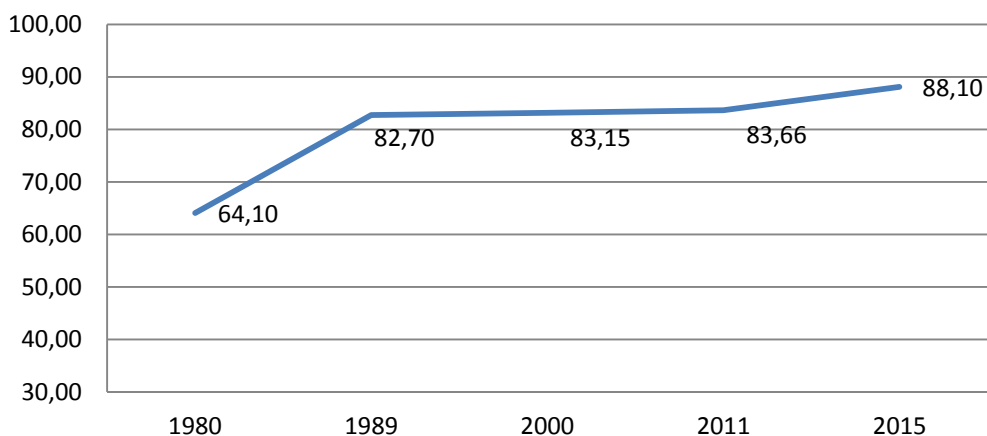
Además, debemos añadir que acontecimientos como la crisis o la recientemente destapada corrupción política, se hacen sentir en las posiciones del electorado. Varía el clásico sistema de partidos español, el tradicional bipartidismo se resiente y se produce un marcado cambio en el escenario político, incluso se reclaman nuevas reglas para el juego democrático, diferentes a las aplicadas hasta ese momento.

En el estudio de las **variables de tipo comportamental** de la cultura política española se analizaron diferentes posibilidades que los españoles tienen de participar en la vida política. De entre ellas, se establece una diferenciación entre aquellas formas de participación política de tipo convencional y aquellas otras que denominaremos como “menos convencionales” (Torcal, 2006; Verge, 2007). Las numerosas posibilidades de participación política y las limitaciones que implica un estudio longitudinal, imposibilitaron abordar muchas de esas modalidades de participación. A pesar de ello, se pudo establecer un recorrido temporal de lo sucedido con las variables “participación electoral”, “afiliación a partidos políticos”, “afiliación a sindicatos”, la “asistencia a manifestaciones” y la “firma de peticiones”.

La **participación electoral** es, de lejos, la más practicada como forma de participación política. El porcentaje se sitúa siempre por encima del 80%, salvo en un primer momento (los primeros comicios electorales), y esta forma de participación, la electoral, alcanza casi un 90% en las últimas elecciones

generales de 2015. Está muy claro que los españoles acuden a las urnas, pero no sucede lo mismo con otras formas de participación política.

Gráfico 1. Evolución de la participación electoral. España 1980-2015.



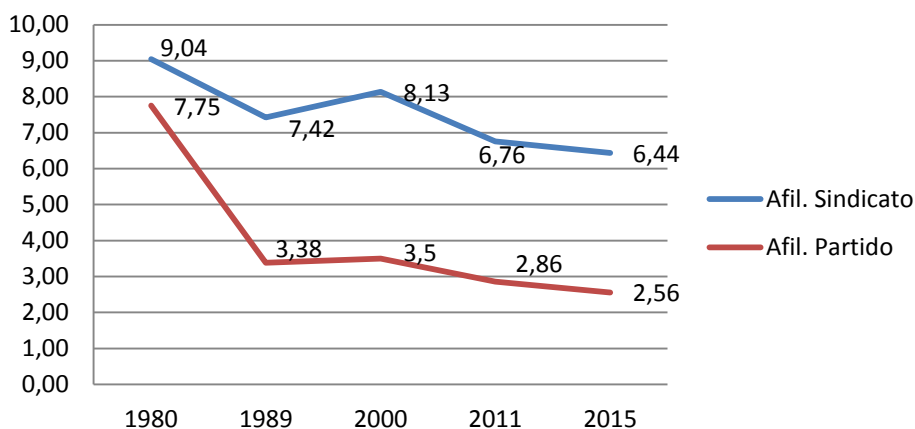
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

La **afiliación a sindicatos** y, sobre todo, la **afiliación a partidos políticos** no arrojan, ni de lejos, los porcentajes que se observan en la variable participación electoral. Tampoco su evolución es comparable a lo que sucede con el voto. Ambas modalidades de participación política convencional parten de porcentajes que se sitúan por debajo del 10% de participación en 1980. Tan solo un 9,04 de los encuestados afirmaron estar afiliados a un sindicato y un 7,75 lo estaban a un partido político en el estudio realizado en 1980. Dichos porcentajes, experimentan un descenso progresivo a lo largo del período democrático español, llegando en 2015 a porcentajes de participación del 6,44% para la variable *afiliación a sindicatos* y a un paupérrimo 2,56% para la *afiliación a partidos políticos*.

En la búsqueda de los acontecimientos o situaciones que pudieran estar detrás de tales descensos, podemos identificar, entre otros, una crisis de legitimidad de los sindicatos pero, sobre todo, de los principales partidos políticos. Los españoles parecen haber dejado de confiar en la eficacia de dichas instituciones como modo de articulación de su participación política y prefieren participar más directamente, en modalidades como la manifestación o la influencia en la agenda política a través de la firma de peticiones (Oñate,

2013³). De ahí que, como podremos observar más adelante, estas últimas formas de participación, la asistencia a manifestaciones y la firma de peticiones, presentan una tendencia inversa a la afiliación, con un crecimiento considerable y prolongado de participación a lo largo del período democrático.

Gráfico 2. Evolución de la afiliación a partidos y sindicatos. España 1980-2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

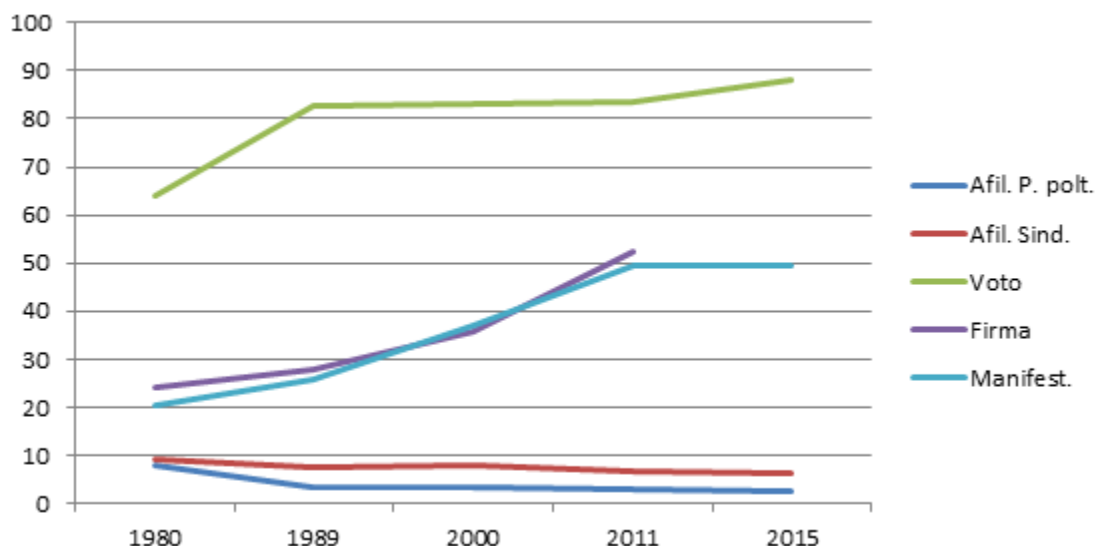
Tras los cambios acaecidos desde 2014 en el sistema de partidos (después de las elecciones al Parlamento Europeo, las elecciones municipales y generales de 2015) y la aparición de nuevos partidos con suficiente respaldo para hacer frente al bipartidismo imperante hasta ese momento, se podría pensar que iban a cambiar las cifras de participación. Cabría esperar que la afiliación a partidos políticos tan “populistas” como los surgidos a partir de ese momento, produciría un ascenso en las cifras de afiliación, en concreto a la afiliación a partidos políticos, sin embargo, esta forma de participación política no se ha visto alterada, y la tendencia señala que los españoles cada vez se afilian menos a partidos políticos. Aún siendo más diverso el abanico de posibilidades y aún habiéndose producido un acercamiento de los partidos a la ciudadanía a través de su apertura a la participación de la población en su toma de decisiones⁴, no se observa cambio alguno en esta modalidad de participación política.

³ En su obra sobre la eclosión de la movilización crítica (indignada) en España, señala el despertar del letargo y la apatía en que se veía sumida la población española y el resurgir de formas de participación de tipo menos convencional frente a aquellas como las afiliaciones a partidos o sindicatos.

⁴ Partidos como PSOE, pero sobre todo “Podemos”, abren su abanico de posibilidades de participación a los afiliados, e incluso, de la población en general en el caso de Podemos, a través del uso de las redes

No obstante y como ya se avanzaba, otras formas de participación política, formas de participación que denominamos como “no convencional” o “menos convencionales”, han visto aumentar sus porcentajes de participación. Ello implica que más que una “democracia de baja intensidad” (Colectivo IOÉ, 2007: 10) que alude a cierto *cinismo político* según el cual, los españoles y españolas no confían en las instituciones políticas y sin embargo legitiman su mandato acudiendo masivamente a las urnas en cada proceso electoral, ahora más bien debemos hablar de cambios en la forma de entender la política y la implicación ciudadana en la misma (Morales, 2005). Detrás de todo ello pueden encontrarse los cambios en la estructura social, una progresiva consolidación de la democracia española, nuevas formas de acceso a la información y de comunicación o las diferentes crisis económicas o de confianza en las instituciones públicas, hasta el momento, responsables del devenir político y económico español. ¿Se trataría de confiar en la democracia, sin confiar en ciertas instituciones que la configuran? Parece la postura más acertada a tenor de los datos disponibles.

Gráfico 3. Evolución general de la participación política en España. 1980-2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

sociales y otros modos de participación que les confieren un carácter más cercano a la ciudadanía y con ello un intento de potenciar esta forma de participación política.

Los españoles prefieren, cada vez en mayor medida, aunque siempre por debajo de las cifras de participación electoral, formas menos convencionales de participación política como la **asistencia a manifestaciones** y la **firma de peticiones**. Como se puede constatar en el Gráfico 3, la participación electoral muestra los porcentajes de participación más elevados, sin embargo la pendiente que traza su curva de crecimiento es mucho menor que la observada en estas otras modalidades menos convencionales de participación. Por tanto, debemos seguir considerando que la forma de participación política por excelencia es la participación electoral, pero también podemos intuir que, si las tendencias continúan con la misma progresión a lo largo del tiempo, otras formas de participación política como la asistencia manifestaciones y la firma de peticiones, podrían alcanzar tales cifras.

La **asistencia a manifestaciones** era practicada por el 20,3% de los españoles en 1980, porcentaje que va creciendo hasta situarse en casi un 26% en 1989 y alcanzar un 49,3% en 2011 y una cifra parecida en 2015 (49,4%). El crecimiento total es de 29 puntos porcentuales, ligeramente superior al reflejado por la firma de peticiones (27,9). Estos aumentos denotan una transformación en las formas en que la ciudadanía española afronta la participación política con el paso de los años y parece estar indicando un cambio de actitud ante la política, las instituciones y la participación política, algo así como lo que denominara Pippa Norris como una “reinvención” del activismo político (Norris, 2002), más expresado en formas aún más extremas que no pudieron analizarse en el presente artículo, pero que muestran una tendencia visible ya en el aumento de formas de participación como la firma de peticiones y asistencia a manifestaciones.

Por su parte, y referidos ahora a la **firma de peticiones** como modalidad de participación política, en 1980 el 24,3% de los españoles reconocían haber firmado alguna vez una petición. Ese porcentaje de participación aumentó tímidamente en 1989, pero a partir del año 2000 y, sobre todo, de 2011 los españoles adoptan cada vez más esta forma de participación. No se dispone de datos referidos a esta forma de participación para el año 2015, ya que esta variable no se encuentra en los estudios realizados por el CIS. El motivo de

este cambio de criterio parece tener que ver con las transformaciones acaecidas a lo largo de tan dilatado periodo de tiempo respecto de esta modalidad de participación, ya que, por ejemplo, la forma de efectuar la firma de peticiones se ha diversificado de tal forma (internet, mensajes telefónicos, etc.) que no ofrece la necesaria homogeneidad para que pueda ser considerada equivalente la firma de peticiones presencial de 1980 a la realizada actualmente a través de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs). De ese modo, si bien es posible medirla a nivel comparativo con el resto de variables de participación, se puede inferir que, si ahora resulta menos complejo la recogida de firmas, ya que se puede firmar desde el propio domicilio, y más accesible el hecho de difundir peticiones a través de las redes sociales con plataformas establecidas a tal efecto (Change.org; Mifirma.com; peticiónpública.es, etc.), es muy probable que el porcentaje de participación política en esta modalidad siga creciendo.

La ciudadanía española siente la responsabilidad democrática de acudir a las urnas, pero desarrollan nuevas formas de participación política que eclipsan a otras más tradicionales, como la afiliación a partidos políticos o sindicatos. La ciudadanía española expresa entender cada vez menos la política, no obstante, se muestra cada vez más interesada. La ciudadanía española es menos fiel en cuanto a su voto a los diferentes partidos políticos, al tiempo que el sistema de partidos sufre un cambio significativo. Son todos aspectos generales de la identidad política que expresan el devenir de la población en general y que precisan de análisis más profundos que, en cierta forma, nos muestren qué variables están interviniendo en las modificaciones de la cultura política española.

3. Los efectos de cohorte, periodo y ciclo vital en la construcción de la cultura política española

Muchos estudios fundamentan su análisis de las variables que configuran el espectro de la cultura política en los efectos de la edad (Castellanos, Costa y Diaz, 2002; Galais, 2012; Blais, 2008; Funes, 2011; Justel, 1983 y 1992). Otros, por su parte, han analizado el efecto *periodo*, en tanto influencia de los

acontecimientos históricos en el proceso de construcción de la cultura política (Torcal, 2008). Por último, se ha estudiado el efecto de las cohortes sobre la evolución de tales variables (Justel, 1992; Morales, 2005 o Galais, 2012). Estos últimos resultan más recientes dado que precisan de un determinado recorrido temporal, suficiente como para establecer unas determinadas cohortes de seguimiento.

Actualmente, con un intervalo temporal tan dilatado, es posible analizar la influencia de cada uno de esos tres efectos sobre la construcción de la cultura política en España a lo largo de la actual etapa democrática.

¿Es la cohorte?, ¿se trata de la edad?, ¿o más bien son los acontecimientos? los que en mayor medida están mediando en la configuración de la cultura política española a lo largo del periodo democrático español.

Tradicionalmente se ha venido sosteniendo que es la variable edad la que determina los cambios actitudinales y comportamentales de los individuos a lo largo del tiempo. Desde esta perspectiva, se le atribuía a los jóvenes una forma de pensar y actuar que variaba en su madurez y los volvía más conservadores a medida que se adentraban en la edad adulta y la vejez, es lo que se venía denominando como “efecto cuadrático de la edad” (Galais, 2012). Los análisis que avalan tales conclusiones se sostienen en fotografías de distintos momentos y las comparativas no reflejaban las características de los mismos sujetos a lo largo del tiempo sino que comparaban a los jóvenes de un momento con los mayores de otro momento, muy diferente, y pertenecientes a cohortes de nacimiento distintas.

Posteriormente análisis amparados en el estudio de las cohortes, sostienen que cada cohorte, por el efecto de período, es decir, por el momento en que les toca vivir y la diferencial influencia de los acontecimientos a las diferentes cohortes, determinaba la evolución de la identidad política de una colectividad. Era entonces el efecto cohorte, el que marcaba la trayectoria a lo largo del tiempo, las diferentes cohortes mostraban actitudes y comportamientos diferentes a las de otras (Franklin, 2004 citado en Blais, 2008).

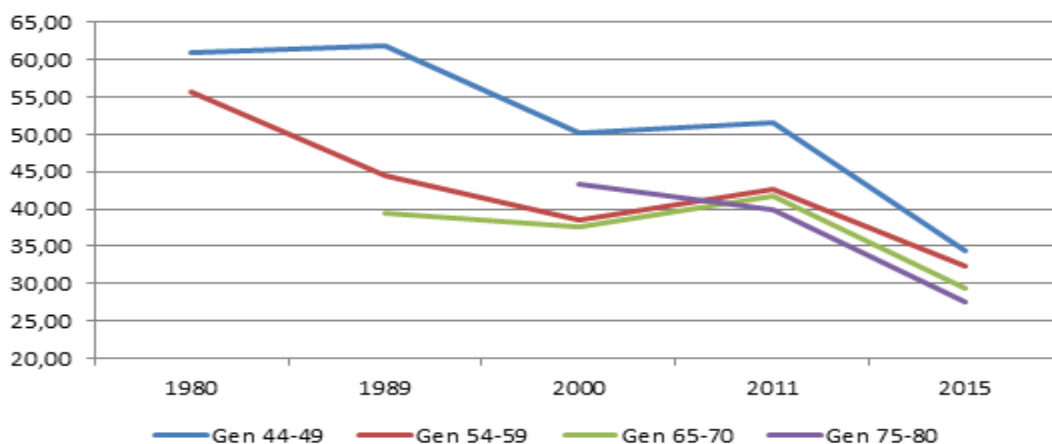
La construcción de cuatro cohortes, y su seguimiento en el tiempo, nos permite comparar la evolución de todas y cada una de las variables de cultura política analizadas hasta el momento, para poder concluir si es el efecto de ciclo vital, el efecto de cohorte o el efecto periodo, el que en mayor medida está determinando el recorrido de nuestra cultura política.

Antes de establecer las conclusiones al respecto, es preciso señalar que cualquier factor que afecte a los individuos puede hacer variar sus actitudes o comportamientos. No hay causas absolutas; ni la edad, ni los acontecimientos, ni la cohorte a la que se pertenezca, explican por sí solas las causas de los cambios de tendencia en las formas de participación política, el interés que despierta la política en los sujetos, ni en sus niveles de conocimiento o su fidelidad de voto. Todas ellas, las tres, y otros aspectos ajenos a esta investigación, tienen algo que decir en este tipo de cambios; no obstante, parece necesaria una aproximación al conocimiento de la importancia de cada uno de esos efectos sobre el objeto de esta investigación.

Tras analizar los resultados obtenidos de la observación de la evolución de los porcentajes arrojados por las diferentes cohortes-generacionales, una primera conclusión apuntaría hacia un muy limitado peso del **efecto cohorte**. Si se analiza la evolución de las diferentes cohortes, sea cual fuere el aspecto observado (interés, conocimiento, afiliación, orientación ideológica, participación electoral, asistencia a manifestaciones, afiliación a partidos políticos o firma de peticiones), las mismas se comportan de forma similar; sus cambios de tendencia en el interés, el conocimiento o cualquiera de las formas de participación política, varían en los mismos momentos y en el mismo sentido. Ello indica que el pertenecer a una u otra cohorte generacional no implica actitudes o comportamientos muy diferentes. Es cierto que algunas de las cohortes a lo largo del estudio se distanciaban del resto y, por tanto, apuntaban diferencias; sin embargo, sus líneas de tendencia transcurrían en paralelo. A modo de ejemplo, los mayores podían mostrar unos porcentajes superiores de participación electoral que el resto de cohortes, pero su evolución en esta modalidad de participación política era muy similar a la del resto de las

cohortes, presumiblemente por los efectos del devenir histórico, es decir, la influencia del efecto de período.

Gráfico 4. Evolución de los porcentajes de comprensión política según cohortes. 1980-2015.



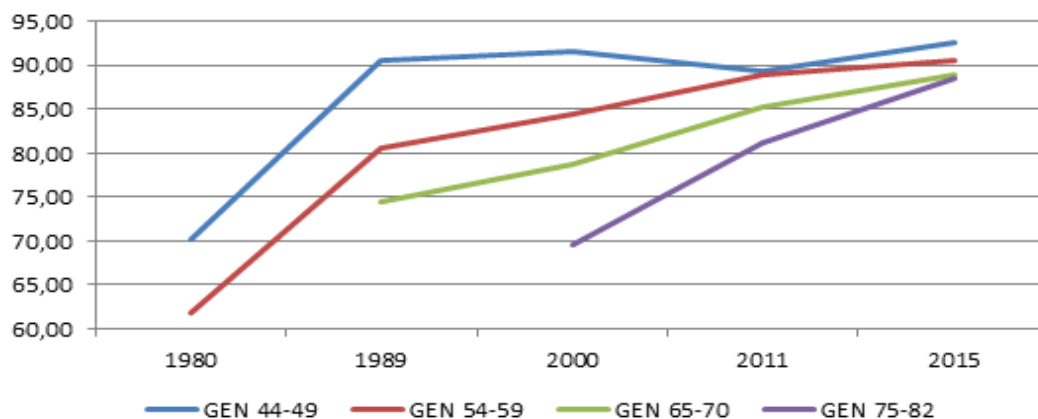
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

El **efecto de ciclo vital** tiene mucho que decir si lo que se analiza son ciertas formas de participación política; así, por ejemplo, la participación electoral es una de las formas de participación que varía significativamente según la edad. Algo parecido ocurre si lo que se analiza es la afiliación a un partido político o la asistencia a manifestaciones. El efecto de ciclo vital se une, por tanto, al **efecto período** en cuanto a peso o influencia en la evolución de la cultura política española, pero es éste último el único que encontramos presente en todas y cada una de las variables de análisis, todas las líneas de tendencia adolecen de las mismas variaciones en los distintos momentos en los que se realiza el análisis.

Unas elecciones de transición disminuyen los porcentajes de participación electoral, mientras que otras de cambio aumentan los niveles de este tipo de participación política. Un momento de crisis puede hacer crecer determinados tipos de participación política, sobre todo los de tipo no convencional, mientras que el descubrimiento de un aumento considerable de procesos de corrupción, puede hacer variar los porcentajes de fidelidad de voto. Esos acontecimientos, que se han ido produciendo en el transcurso del proceso democrático español,

han influido evidentemente en las fluctuaciones de las diferentes variables de la cultura política analizadas a lo largo de la investigación. Cada vez más los comportamientos de las distintos grupos de edad se acercan (Justel, 1992: 87) y cada vez más, las influencias del período influyen por igual a las distintas cohortes generacionales.

Gráfico 5. Evolución de los porcentajes de participación electoral por cohortes. 1980-2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

Por tanto, teniendo en cuenta que no encontramos una variable causal única que explique las variaciones en actitudes y comportamientos políticos, podemos observar que el efecto período se configura como el que mayor peso parece tener en tales cambios frente al efecto de ciclo vital o la pertenencia a una determinada cohorte generacional (efecto cohorte). La edad puede, en algunas variables, introducir variaciones significativas, puede existir una distancia considerable entre cohortes en lo tocante a actitudes y comportamientos, pero lo evidente en las líneas de tendencia (ver gráficos 4 y 5), es el acercamiento de las distancias de las cohortes y el similar impacto que los acontecimientos generan sobre cada una de ellas, independientemente de las variables edad y cohorte.

4. Influencia de las variables de tipo socio-demográfico en las características de nuestra cultura política.

A través del estudio de distintas variables de la cultura política examinadas bajo una óptica comparativa que las diferenciaba por género, nivel de estudios, religiosidad, situación laboral y tamaño de hábitat, podemos observar una tendencia que se repite en el análisis de cada par de variables: la pérdida, cada vez mayor, del carácter predictivo de las variables de tipo socio-demográfico sobre aquellas otras referidas a la cultura política.

Tal y como se desprende del análisis de las influencias del período, cohorte y ciclo vital, la fuerza del efecto período parece estar reduciendo el carácter explicativo de otras variables, como las socio-demográficas. Desde la perspectiva de la influencia de estas variables sobre las que forman parte de nuestra cultura política, encontramos niveles de asociación muy débiles en la mayoría de los análisis. De entre ellas, es el *nivel de estudios* la variable con un mayor carácter diferenciador, sobre todo con respecto a aquellas formas menos convencionales de participación política, aunque también sobre aspectos cognoscitivos de la cultura política como el conocimiento o, más aún, sobre el interés. Según los datos analizados, se muestran más interesados por la política aquellos con mayores niveles formativos y ello ha venido sucediendo desde 1980. Del mismo modo, son éstos, los más interesados, los que más manifiestan practicar formas no convencionales de la participación política, como la asistencia a manifestaciones o la firma de peticiones. Algo más obvia parece la relación entre los niveles de instrucción y el sentimiento de competencia política, que aumenta a medida que lo hace el nivel de estudios.

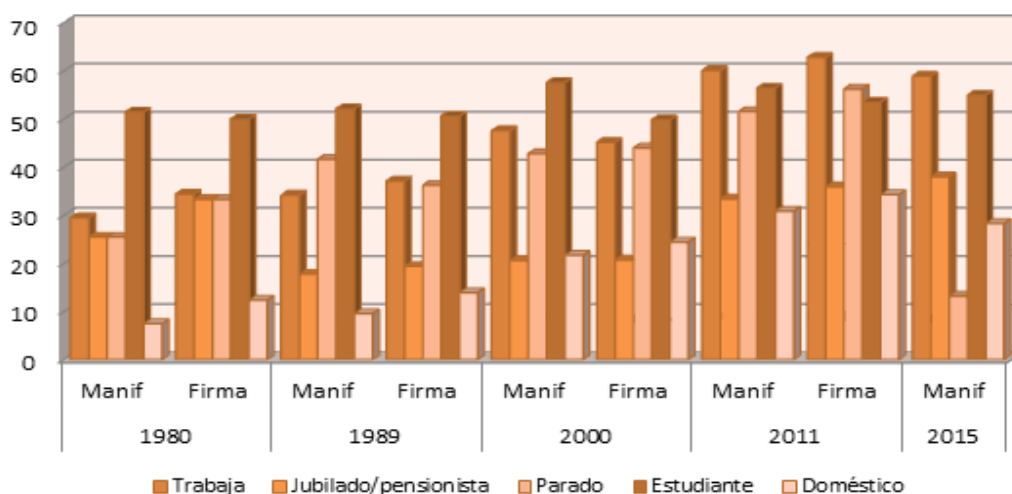
Aunque sostenida en estadísticos algo más débiles, la *situación laboral* también introduce diferencias en la cultura política y en su evolución. Son los colectivos de estudiantes y parados aquellos que tradicionalmente han venido experimentando mayores niveles de participación política de tipo no convencional. Si bien pudiera considerarse que es la mayor disposición de tiempo para desarrollar este tipo de actividades la que determinara dichos porcentajes, a lo largo del estudio esa disponibilidad deja de tener efectos. A

partir del año 2000 el porcentaje de participación de aquellos que pertenecen al colectivo de los que trabajan experimenta un cambio de tendencia, superando a aquellos otros parados y estudiantes. Veinte puntos porcentuales distancian a estos tres colectivos de los jubilados y pensionistas y de los que se dedican al empleo doméstico no remunerado.

Por contra, el tamaño de hábitat parece tener poco que decir en la delimitación de la cultura política. La mayoría de los indicadores muestran una asociación demasiado débil como para tener en cuenta esta variable como diferenciadora en relación con determinados factores de cultura. Parece que el residir en municipios de mayor o menor tamaño no determina la forma de pensar o actuar respecto de la política.

En relación con la variable *género*, destaca especialmente la desaparición progresiva de la influencia de ésta sobre la configuración de la cultura política española. Las medidas de asociación reflejadas entre el género y variables de cultura política son las que mayor descenso experimentan a lo largo del tiempo, las distancias de género se reducen significativamente de 1980 al año 2015. No obstante, la reducción en la distancia de género, las diferencias entre mujeres y hombres en cuanto a cultura política, resulta desigual.

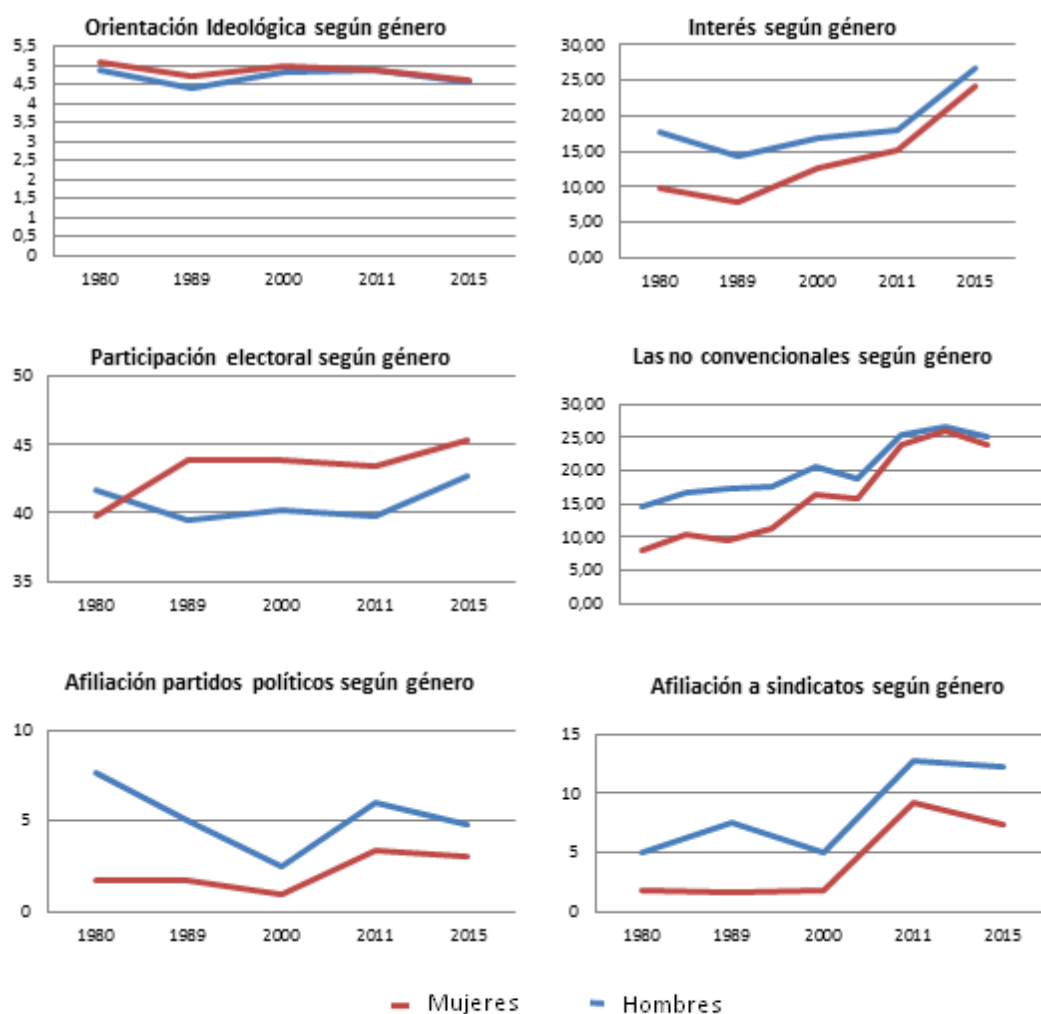
Gráfico 6. Evolución formas no convencionales de participación por ocupación. 1980-2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

Si bien es cierto que siguen existiendo variables de nuestra cultura política que mantienen aún una distancia de género considerable, como la participación electoral (la mujer sigue acudiendo a las urnas en mayor proporción que el hombre) o la afiliación a partidos políticos y sindicatos (en éste último, se observa un aumento de la distancia de género), no lo es menos que, para la mayoría de las variables del estudio, las líneas de tendencia de los hombres y las mujeres, se acercan progresivamente a lo largo del tiempo. Podemos ver el ejemplo en las formas no convencionales de participación política o en el interés por la política.

Gráfico 7. Evolución de las variables de cultura política según el género. 1980-2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de estudios del CIS.

. Así, el interés que la política despierta en mujeres y hombres resultaba desigual en el estudio de 1980, pero los valores de ambos sexos se aproximan a lo largo del tiempo. En el otro extremo encontramos variables de cultura política como la afiliación a sindicatos, en donde, la distancia de género que separa la afiliación de mujeres y hombres, lejos de disminuir, vuelve a aumentar en 2015 (Gráfico 7).

En definitiva, como ya se ha indicado, la tendencia apunta, salvo alguna excepción, hacia la reducción de la influencia de aspectos socio-demográficos sobre la evolución de nuestra cultura política.

5. Conclusiones

A modo de **conclusión** y según los datos analizados a lo largo de la investigación, se observa un declive en la influencia de las variables socio-demográficas sobre aquellas otras referidas a cultura política. Se aprecia un claro efecto de período sobre la evolución de la cultura política de la población española, por encima de los efectos de cohorte o de ciclo vital. Podemos observar un descenso en los porcentajes de conocimiento que la ciudadanía expresa tener con respecto a la política. Un cada vez menor sentimiento de competencia política que no viene de la mano de un menor interés por la misma. Al contrario que la competencia política, el interés que la ciudadanía española expresa es cada vez mayor si seguimos las líneas de tendencia de ambas variables. Además podemos destacar un cambio de tendencia en las formas de participación política, un descenso de formas de tipo convencional frente a formas menos convencionales como la asistencia a manifestaciones o la firma de peticiones.

BIBLIOGRAFÍA

Bacalhau, Mariano (1988): "Movilidad y transferencia de voto a través de los sondeos" en *Revista de Estudios Políticos*, Núms 60-61: 231-251.

Blais, André (2008): “¿Qué afecta a la participación electoral?” en *Revista Española de Ciencia Política*, 18: 9-27.

Castellanos, Luis; Costa, Emilio y Díaz, Montserrat (2002): “Análisis de los factores determinantes de la abstención electoral en España” en *Metodología de Encuestas*, Vol 4, Núm 1: 29-44.

Colectivo IOÉ (2007): “La participación política de los españoles: democracia de baja intensidad”, en *Revista Papeles*, 99: 149-163.

Fraile, Marta (2007): “La influencia del conocimiento político en las decisiones de voto”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 120: 41-74.

Funes, M. Jesús (2011): *A propósito de Tilly: Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid, CIS.

Galais, Carolina (2012): “Edad, cohortes o período. Desenredando las causas del desinterés político en España”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139: 85-110.

García Escribano, Juan J. y Frutos, Lola (1999): “Mujeres, hombres y participación política. Buscando las diferencias”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 86: 307-329.

García Escribano, Juan J. y Gracia Ortiz, M^a Dolores (2015): “La construcción social de la identidad política española: un análisis longitudinal de cohortes”, en González García, E.; García Muñiz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coord.): *Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*, pp. 805-817, Asociación Castellano-Manchega de Sociología, Toledo, 2015.

Gracia, M^a Dolores (2000): *La Política y los Mayores en España* (Proyecto de investigación de tercer ciclo (tesina) no publicado. Facultad de Economía y Empresa. Universidad de Murcia.

Justel, Manuel (1983): *Los viejos y la política*, Madrid, CIS.

Justel, Manuel (1992): “Edad y cultura política”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 58: 57-96.

Leonisio, Rafael y Strijbis, Oliver (2014): “Más allá de la autoubicación: por qué el nacionalismo predice mejor el comportamiento electoral en el País Vasco”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 146: 47-68.

Morales, Laura (2005): “¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España”, en *Revista Española de Ciencia Política*, 13: 51-87.

Norris, Pippa (2002): *Democratic Phoenix. Reinventing political activism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Oñate, Pablo (2013): “La movilización ciudadana en España en los albores del siglo XXI: una contextualización para el debate”, en *Revista Española de Ciencia Política*, 33. 31-55.

Torcal, Mariano (2006): “La participación política en España: modos y niveles en perspectiva comparada” en *Revista de Estudios Políticos*, Núm 132: 7-41.

Torcal, Mariano (2008): “El origen y la evolución del apoyo a la democracia en España. La construcción del apoyo incondicional en las nuevas democracias”, en *Revista Española de Ciencia Política*, 18: 29-65.

Verge, Tània (2007): “Modelos alternativos de participación ciudadana en los partidos políticos españoles: un estudio del PSOE, PP e IU” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Núm 17: 155-177.

Verge, Tània y Tormos, Raül (2012): “La persistencia de las diferencias de género en el interés por la política”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 138: 89-108.